

Evolución urbana y demográfica de la ciudad de Mérida

J. MENÉNDEZ PIDAL

Poco sabemos sobre la existencia de la ciudad en época anterromana; su Museo guarda ídolos de hueso y mármol, restos de escultura y de cerámica indígena, que testimonian sobre la existencia de un núcleo de población que Estrabon (III-1, 6) dice que era en su mayor parte céltico y minoritariamente lusitano. Sería sin duda reducido, y dadas las condiciones topográficas que concurren en el lugar de su asentamiento: centro de comunicaciones significado, entre dos ríos, el Anas y el Albarregas, es de suponer se trataría de un punto de apoyo de carácter militar, un castro, que defendería el vado del río, emplazado en las inmediaciones de la embocadura del actual puente romano, quizás próximo al cerro de San Albin.

La historia de Mérida empieza a ser conocida a partir de su fundación, cuando en el año 729 de la Era de Roma, o sea el 25 antes de Jesucristo, el legado de Octavio Augusto, Publio Carisio hechó sus cimientos para asentar en ella a los soldados veteranos de las legiones V Alaudae y X Gémina, al concluir las guerras cántabras merced a la táctica e intervención decisiva del general Marco V. Agripa, yerno del emperador. El acierto de P. Carisio en la elección del lugar, prueba indirecta de la pre-existencia de una población anterromana, es indudable, por ser punto de paso obligado de las rutas que unían la España más romanizada y de cultura ancestral más elevada del Sur de la península, con las ricas, pero más distantes e indómitas de las costas cantábricas, y las más inmediatas y hostiles de Lusitania.

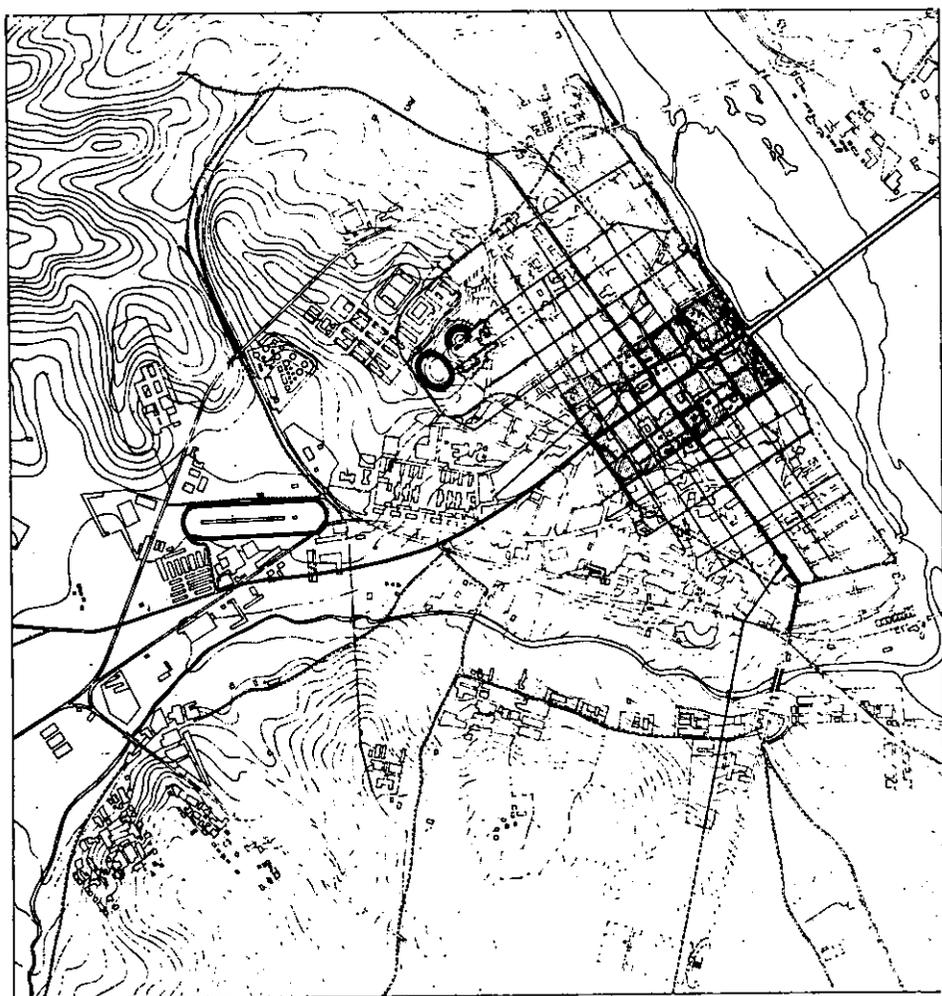
La decisión imperial más que de simple alcance local o comarcal, iba más lejos, y es de presumir le dio un valor superior. En efecto, tres años antes de la fundación de Mérida, decidió la redistribución en provincias del área peninsular, y la elección del lugar para la capitalidad de cada una de ellas, señala la preocupación del emperador,

de dar a las nuevas capitales el rango político, económico y civilizador, que hiciese de ellas el centro vital para la expansión de la romanidad en España.

El caso es que Mérida nace y se configura desde su mismo origen, como una ciudad de nueva planta, típicamente romana, de trazado casi regular, de 340 metros en sus lados paralelos al Guadiana y 525 en los perpendiculares al río. Dos calles principales, el cardo, definido entre los arcos de Santiago o de Trajano y el desaparecido Cimbrón, y el decumanus, señalado por la puerta del puente y la también desaparecida puerta de la Villa, se cruzaban en el foro, o en sus inmediaciones, del que formaría parte el templo llamado de Diana. El pretorio, ocuparía las proximidades de la puerta del puente, pero el resto de los edificios oficiales y religiosos, propios de una capital de provincia de tal importancia, nos son desconocidos por el momento, a no ser las grandes construcciones para espectáculos públicos; el teatro, anfiteatro y circo y sus magníficos puentes y acueductos.

Este embrión de ciudad, adquirió muy pronto gran importancia, por su papel estratégico y administrativo, pues a ella confluían las rutas que unían Sevilla con Astorga y sus explotaciones auríferas; la de Córdoba; las tres calzadas que conducían al puerto atlántico de Lisboa, y la que a través de Toledo llegaba a Tarragona. Los grandes emperadores españoles Trajano y Adriano, contribuyeron espléndidamente al engrandecimiento de la ciudad augustea, que ya por entonces era una extensa ciudad con estructura mucho más completa y rica, que el bordalés M. Ausonio en los comienzos del siglo v, coloca en decimo-primer lugar entre las ciudades del Imperio de su tiempo. Para juzgar de la extensión de la ciudad original, y de su sucesivo desarrollo durante su larga vida, nos queda el reflejo de su estructura urbana, a través de su red de alcantarillado, que por si fuese poco explícita, coincide con los restos del recinto amurallado del Bajo Imperio, por lo que es posible delimitar el contorno urbano, ya que además el emplazamiento de las necrópolis cooperan a reafirmar sus límites.

De la variedad de edificios que sin duda habría en Mérida en estos siglos de esplendor, tampoco nos son conocidos nada más que restos dislocados y dispersos por la ciudad. Sabemos que se levantaron templos suntuosos a la Concordia de Augusto, pues un pedestal suyo forma parte del monumento elevado a Santa Eulalia en el siglo xvii; han llegado a nosotros fragmentos importantísimos de un templo dedicado a Marte, igualmente reaprovechados en el «Hornito» de Santa Eulalia; quizás dispongamos de restos monumentales de otro templo, todavía in situ, utilizados para la construcción de una casa de la calle de Holguin, donde se aprecian potentes substrucciones. Al elevarse la actual plaza de toros en el Cerro de San Albín, se pusieron al descubierto importantísimos restos de varios templos dedicados a las divi-



nidades de los cultos orientales; Zeus Serapis, Esculapio e Isis, y al realizarse obras en el antiguo convento de Jesús, hoy Parador Nacional de Turismo, se reconoció otro gran y rico edificio con columnas de mármol, entonces todavía in situ. Pero nada sabemos de su curia, ni de sus basílicas, termas públicas y demás edificios necesarios para la vida cívica de la Colonia. Sólo que, a un nivel medio de unos dos metros por debajo del pavimento actual, yace enterrada la que fue denominada «la Roma española», de cuyo esplendor, surgen en todas partes, los más variados y expresivos testimonios de su glorioso pasado. Las últimas excavaciones en gran escala, llevadas a cabo en las

inmediaciones del Cerro de San Albín, y las que están en curso en el recinto interior de la alcazaba musulmana, nos ofrecen una visión muy justa de lo que fue la gran ciudad enterrada.

Importa, por reflejar la categoría de la ciudad, la temprana cristianización de su comarca; su obispo Marcial ya en el siglo III, es el primero de la larga lista de sus metropolitanos. Por otra parte, el martirio en 303-304 de Santa Eulalia, testimoniado por A. Prudencio, la celebración de varios concilios en la ciudad, y la fama de la pujante vida monástica en sus cenobios famosos, focos de cultura, refugios de la ortodoxia y sostén del poder real, hacen que la vida de Mérida sea activísima en el período romano-cristiano y visigodo. De la raigambre profundamente cristiana de la ciudad, se derivó durante el período de ocupación musulmana, un continuo conflicto con el emirato y califato cordobés, a través del abundante elemento mozárabe, en contacto frecuente con la monarquía astur-leonesa, y a veces con los reyes francos. Para sofocar las constantes revueltas y sublevaciones, Abd al-Rahman II arrasó el barrio hispano-romano inmediato al puente, para construir en 835 la actual alcazaba, demoliéndose asimismo el recinto fortificado que había defendido la ciudad de las invasiones bárbaras. Estos castigos y represiones iniciaron la decadencia ciudadana de la antigua Colonia, a lo que ayudó de modo efectivo durante el período de taifas, el traslado de la capitalidad comarcal a Badajoz, pero aún fue peor para la vida de Mérida el período que siguió a la reconquista cristiana, ya que su larga historia como sede metropolitana, concluyó cuando en 1120, se trasladó el privilegio a la iglesia de Santiago de Compostela, medida que se puso en vigor cuando en 1230 Alfonso IX recuperó la ciudad del yugo musulmán, quedando la iglesia emeritense como simple vasallo del arzobispado de Santiago, quien a su vez cedió el señorío a la Orden de Santiago, iniciándose con ello la decadencia y ruina de la gran capital romana.

DEMOGRAFÍA DE LA CIUDAD

El problema que se presenta al tratar de evaluar la población de una ciudad antigua, ofrece serias dificultades, ya que los datos arqueológicos son muy escasos, las fuentes históricas lo son aún más, y las circunstancias que determinan la mayor o menor densidad, son variables para cada caso, y aún, para cada una de ellas, variables con el tiempo. La ciudad es un ente vivo, y como tal, sujeto a las vicisitudes de su economía; nace, se desarrolla y decae o muere, según las circunstancias y sus propios impulsos vitales.

Las ciudades romanas de nuevo planeamiento, se fundan siguiendo un rito augural, de significado religioso, heredado del pueblo etrusco.

El sacerdote, con la cabeza velada, traza con el arado de reja de bronce, llevado por un toro y una vaca blancos, el recinto de la nueva ciudad, siguiendo su contorno con un surco en todo su perímetro, con excepción de las cuatro puertas que corresponden a los extremos de las dos calles principales, que se cruzan en su centro. Así queda señalado el núcleo urbano, el «pomerium» (de «pone muros»), que con este ritual queda consagrado y libre de contaminaciones religiosas.

Pero en toda ciudad romana, hay que distinguir dos partes inseparables: la urbe, constituida por el recinto fundacional o pomerium, y su territorio rural circundante, el ager, ya que en él, sus ciudadanos lo eran con igual título que los cives que residían en el centro urbano. En las ciudades imperiales, al crecer sus necesidades, el pomerium quedaba a veces descentrado con relación a las sucesivas expansiones, pero siempre guardó su significación religiosa, aunque dejase de jalonar el contorno de la urbe.

Aparte de las razones de crecimiento natural en virtud de los progresos de la vida cívica, otras muchas causas inciden en su desarrollo y planificación; las guerras o sublevaciones, o simplemente su peligro, pueden dar lugar a la creación de recintos amurallados, que por su condición defensiva, abarcan contornos mucho más amplios que el casco urbano, o por el contrario, más reducido, dejando que la ciudad desborde fuera de sus murallas, ya que en el trazado de éstas, se las llevó invariablemente por los puntos de cotas más elevadas, por razones estratégicas elementales. Decimos esto, porque al evaluar la superficie ocupada por una ciudad, es preciso contar con estas incidencias, que pueden deformar la idea de lo que realmente fue el casco urbano.

Afortunadamente en el caso de Mérida imperial, contamos con datos suficientes, que convergen, para poder dar solución al problema. Gracias al conocimiento del trazado de su red de cloacas, queda ésta definida en su trazado hipodámico, casi regular, y en la disposición y tamaño de sus ínsulas. Para el pomerium augusteo, sabemos por sus monedas, que el rito de su fundación respondió a la tradición más pura, y su contorno parece bien definido dentro de la cuadrícula general de la ciudad en su mayor extensión, al conocerse tres de sus puertas: la praetoria o del puente; su opuesta, la decumana o de la Villa, y la principalis dextra o Arco llamado de Trajano. Una antigua tradición, habla de la cuarta puerta, desaparecida, pero que se señalaba como simétrica del Arco de Santiago o de Trajano, que llamaron el Arco Cimbrón, y que de haber existido, como parece, sería la principalis sinistra. La superficie de la fundación augustea sería de unas 18 hectáreas.

Los restos del recinto amurallado, más amplios, que contornean la ciudad por las colinas de cota más alta, delimitan una superficie

que coincide con la que abarca la red de cloacas, que se cierra con el foso natural de los ríos Guadiana y Albarregas. Pero es además significativo, que las necrópolis hasta ahora reconocidas, contorneen este recinto por su parte externa. Dando por lo tanto validez al contorno así señalado, para la mayor extensión de la ciudad, ésta, cubriría una superficie de unas 81 hectáreas, cifra muy proporcionada a la de otras ciudades de su rango, como luego se verá.

Mucha mayor dificultad encierra, la evaluación del contenido demográfico de nuestra ciudad. En efecto, si para una ciudad tan bien estudiada y conocida como es Roma, las opiniones autorizadas y solventes son tan desacordes, a pesar de que para ella son abundantes los testimonios conocidos de todo género, se imaginará el desconcierto al llegar a conclusiones o hipótesis aceptables en las pequeñas ciudades provinciales, mucho peor conocidas en lo que respecta a su vida cívica y vicisitudes a lo largo del tiempo. La población de Roma, se ha tratado de evaluar, partiendo naturalmente de la extensión de sus sucesivos ensanches; del número de habitantes que arrojan los censos; de las munificencias imperiales en las distribuciones de alimentos a la población; de la capacidad de las *ínsulas* y *domus* registradas en los *Regionarios* del siglo IV, por el aforo de los acueductos y de los grandes edificios para espectáculos. Por otra parte, se contó con los datos de las Ordenanzas de Augusto, Nerón, Trajano y Septimio Severo, y quedan tratados de ingeniería y economía hidráulica, como el de Sextus Iulius Frontinus, que fue *curator aquarum* de Roma en tiempos de Trajano. Y además, se conservaron, catastros escrupulosos y espléndidos planos de la Urbe, como la *Forma Urbis severiana*, que nos dan una clara visión urbanística de la capital del Imperio.

Pero, a pesar de tantos datos, el desconcierto es total en lo que se refiere a su demografía. Lot, le asigna tan sólo un cuarto de millón de habitantes, mientras que la autoridad de Calza, Lugli y Carcopino, la eleva a 1.250.000, con pequeño margen entre ellos. Lavedan, más prudente, prefiere la cifra de 500.000 a 700.000 habitantes para el siglo I y II, con manifiesto descenso en el siglo IV, después del traslado de la capitalidad a Constantinopla. A. von Gerkan, estudiando los *Regionarios* y demás fuentes, evalúa la población total en el siglo IV, en 697.924 habitantes, contando los de las *ínsulas*, *domus*, militares y esclavos¹.

Más difícil aún, es el reparto por Regiones, donde la demografía tiene contrastes abrumadores, pues en ellas, al lado de las zonas residenciales de alto rango, surgían verdaderos «rascacielos», que superaron con mucho el límite de diez plantas, que concedían las Ordenanzas,

¹ P. Lavedan, J. Huguency, *Histoire de l'Urbanisme antique*, París, 1966, p. 319 y ss.

mientras que, barrios enteros eran de condición miserable y hacinada, como en nuestros peores suburbios, sin contar la población flotante y de mendigos, que cobijaba bajo los magníficos pórticos o los ojos de los puentes. Si se intenta un reparto social y étnico, de esta aglomeración ingente, similar por muchos conceptos a la de las actuales superciudades, donde se hablaban todas las lenguas y se practicaban las más diversas religiones y costumbres, sólo es posible vislumbrar una agrupación por gremios y comercios especializados, en los que el elemento judío tenía preponderancia, dentro de la genéricamente oriental. Para aumentar aún más el contraste entre los diferentes barrios, conviene señalar, la desmesurada extensión de los espacios libres, en franca desproporción con las ciudades modernas.

Sobre los datos de que disponemos, vamos a intentar una evaluación de la población de Mérida en la época imperial.

Dijimos que Décimo Magno Ausonio (310-395 d. J.C.), en su obra *Ordo nobilium urbium*, estableció un orden jerárquico para las ciudades de su época, estando Mérida entre las que cita. Ahora bien, ¿qué criterio siguió el escritor bordalés para establecerlo? ¿Fue su importancia demográfica, su pujanza económica, sus blasones de antigüedad o historia, o su belleza de trazado y el esplendor de sus monumentos, o en fin, la notoriedad que le dieran sus hijos ilustres? Es difícil adivinarlo, pues al lado de las dos grandes capitales imperiales, y de las villas que fueron residencias temporales del poder, ilustres y nobles por este motivo, figuran ciudades que reúnen muy diversas características para ser nombradas. Es de notar, sin embargo, que en la relación ausoniana, al tiempo que otras ciudades de las Galias, figura Burdeos, la cuna del autor, precisamente en último lugar, y que se omite Lyon, que fue sin duda la más populosa de la Provincia. Por lo que respecta a España, sólo cita a Mérida, en decimo-primer lugar, después de Arles y antes de Atenas, omitiendo a Sevilla, Córdoba, Tarragona, Braga, Astorga... que tuvieron importancia suma en el Bajo Imperio. Estrabón (III, 5, 3), sin duda apasionado, coloca a Cádiz en tercer lugar entre las ciudades de su tiempo, siguiendo a Roma y a Padua, con una importante población entre la que se encontraban quinientos caballeros (la cuarta parte de la de Roma).

Con la relación de Ausonio, manteniéndolo el orden asignado, y completándola con los datos demográficos de que disponemos, se puede formar la siguiente:

Roma	1.370 Ha.	850.000 hab.	610 h/Ha.
Constantinopla	1.000 Ha	500.000 hab.	500 h/Ha.
Cartago	315 Ha.	—	—
Antioquía	—	700.000 hab.	—
Alejandro	900 Ha.	750.000 hab.	834 h./Ha.

Tréveris	280 Ha.	90.000 hab.	310 h./Ha.
Milán	133 Ha.	—	—
Capua	181 Ha	—	—
Aquileia	64 Ha.	—	—
Arles	—	150.000 hab.	—
Mérida	—	—	—
Atenas	—	35.000 hab.	—
Catania	—	—	—
Siracusa	—	—	—
Toulouse	—	50.000 hab.	—

De la relación anterior, parece dedirse un orden en la enumeración de las ciudades; primero, un grupo formado por Roma y Constantinopla, las dos grandes metrópolis del Imperio. Sigue Cartago, la gran rival de Roma; Antioquia, la del Orontes, capital de Siria y sede de varios emperadores, a la que el propio Ausonio llama «Cabeza del Oriente» y que para otros fue «la tercera ciudad del Orbe». Después viene Alejandría, unida al nombre de Alejandro, su fundador, gran puerto del Mediterráneo, abierto a todas las culturas y riquezas, muy bien descrita por Estrabón (XVII, 1, 13) que la distingue como «el mayor emporio de la tierra habitada».

Un segundo grupo, de plazas de importancia militar y comercial, y que fueron residencias temporales de los emperadores, viene a continuación. Tréveris, capital de la Bélgica Prima; Milán, capital de los insubrios, de rancio abolengo, fue residencia de varios emperadores, y en ella, dictó Constantino su Edicto de tolerancia religiosa.

Después, la antigua Capua, también de ilustre linaje etrusco, que suena constantemente en la historia imperial; en la guerra de la independencia samita, cuartel general de Aníbal y foco de la sublevación de Espartaco. Y Aquilea, centro militar de la frontera Iliria, que guarneció César con tres legiones españolas. Y Arlés, que fue colonizada por el padre de Tiberio, y que pronto rivalizó en riqueza y esplendor con la propia Marsella, siendo llamada «la Roma gala». Detrás va Mérida, ponderada por Plinio y Mela como la más rica de Lusitania y una de las más bellas y prósperas de España.

Resulta extraño el lugar que asigna a Atenas, pero debe ser a causa del expolio de la ciudad en sus obras de arte, realizado por los emperadores helenófilos, y por la decadencia en que se encontraba a comienzos del siglo v. La laguna, la llenan las ciudades sicilianas de Catania y Siracusa, ambas de origen griego, y por ello de rancia estirpe y tradición urbana. Siracusa sobre todo, fue base importante en las Guerras Púnicas, y en sus momentos de esplendor alcanzó a pasar del millón de habitantes, no obstante lo cual, en la época de Ausonio había decaído mucho.

Por último cita a Toulouse, la patria de Ausonio, que llegó a ser centro comercial importante en la Provincia narbonense. Sonó en las correrías de los cimbrios y teutones, y ayudó a César en sus guerras de las Galias, llegando a ser, después de Lyon, la segunda ciudad gala. A estas glorias, añadió la de ser cuna de gran número de literatos y sabios.

Sin embargo, con el fin de precisar su contenido, conviene incluir algunos nombres de ciudades más, interesantes para nuestro caso:

Lyon	140 Ha.	200.000 hab.	1.430 h/Ha.
Nimes	220 Ha.	150.000 hab.	682 h/Ha.
Vienne	200 Ha.	150.000 hab.	750 h/Ha.
Autun	200 Ha.	150.000 hab.	750 h/Ha.
Pompeya	65 Ha.	20.000 hab.	307 h/Ha.
Herculano	22 Ha.	5.000 hab.	227 h/Ha.
Aosta	42 Ha.	15.000 hab.	357 h/Ha.
Ostia	69 Ha.	40.000 hab.	607 h/Ha.
Numancia	24 Ha.	8.000 hab.	335 h/Ha.
Lugo, campamento	10 Ha.	2.500 hab.	250 h/Ha.
Tarragona	40 Ha.	—	—
Córdoba	73 Ha.	—	—
Itálica	30 Ha.	10.000 hab.	333 h/Ha.

El grupo de las cuatro primeras ciudades galas, quizás como Arlés citado por Ausonio, parecen tener una estimación demográfica exagerada; los datos para las cinco ciudades, proceden de la misma fuente (P. Lavedan y J. Huigueney: *Histoire de l'urbanisme antique*). La estimación de los valores dados por A. Maiuri para Pompeya, Herculano, Aosta y Ostia, nos ayudan a centrar nuestro problema, y la referente a Numancia como ciudad hispánica, capital de los arévacos, poderosa y fuerte, es de Apiano en lo que se refiere a su población, y lo que se indica de su superficie no ofrece duda alguna. Los informes de las poblaciones restantes, son del profesor García y Bellido. Ciñéndonos a las densidades de las ciudades itálicas bien estudiadas y conocidas, y a las hispánicas que nos sitúan en nuestro propio ambiente, vemos que con excepción de Ostia, puerto y suburbio de Roma, y por ello, con características idénticas a las de la capital del imperio, las demás ciudades oscilan entre una densidad media de 250 a 357 habitantes hectárea.

Por los censos, se puede estimar la población de España en los siglos II y IV, entre siete y nueve millones respectivamente. Su reparto y asentamiento, había variado poco el panorama general, antes de la romanización, por lo que debe suponerse que la mayor parte de sus habitantes, serían campesinos y pastores, y sólo los centros vitales

de las provincias y conventos jurídicos, y otras pocas más, formarían centros urbanos propiamente dichos, donde al lado de los nativos e itálicos, figuraría la gran masa de la burocracia y la milicia, necesaria para la administración y seguridad del poder. Aplicando a las dos cifras anteriores, coeficientes en relación con los progresos de la romanización, tal y como lo conocemos, se obtienen los siguientes cuadros:

SIGLO II CON 7.000.000 DE HABITANTES. COEFICIENTE 3/4

300.000 viviendas urbanas a un promedio de 10 habitantes por vivienda, repartidas en 160 poblaciones de 53,9 Ha. de superficie y de 18.870 habitantes (350 h/Ha.):

160 poblaciones de estas características	3.000.000 hab.
Pequeñas aldeas y población dispersa	4.000.000 hab.
TOTAL	<u>7.000.000 hab.</u>

SIGLO IV CON 9.000.000 DE HABITANTES. COEFICIENTE 5/8

350.000 viviendas urbanas a un promedio de 10 habitantes por vivienda, repartidas en 128 poblaciones de 80 Ha. de superficie y de 28.000 habitantes (350 h/Ha.):

128 poblaciones de estas características	3.500.000 hab.
Pequeñas aldeas y población dispersa	5.500.000 hab.
TOTAL	<u>9.000.000 hab.</u>

Las cifras, obtenidas para poblaciones de una densidad media de unos 20.000 habitantes, a razón de 10 por vivienda, dan un número de ciudades muy acorde con el que nos consta que tuvieron importancia en ambos períodos de la romanización, y la extensión media de ellas, también parece proporcionada, así como la densidad media de habitantes por hectárea de población, que de esta manera se podría fijar en 350 habitantes por hectárea.

Si son acertadas nuestras hipótesis, Mérida albergaría en su primer estado, cuando la fundación augústea, una población proporcionalmente superior a la de Lugo campamento, es decir de unos 5.500 a 6.000 habitantes, llegando en su máximo desarrollo y esplendor en la época de Trajano y Adriano, a unos 30.000, que dada su importancia política, administrativa y religiosa, se mantendría en el Bajo Imperio,

² Leopoldo Torres Balbás, *Ciudades hispano-musulmana*, Madrid s/f., tomo I, p. 106.

e incluso hasta la desmembración del califato, momento, en que como se ha visto, comienza su decadencia.

Alguna referencia tenemos para formar idea de lo que sería Mérida musulmana. El maestro Torres Balbás², nos da cifras de poblaciones importantes a este respecto. Aparte de la capital, Córdoba, que presenta dificultades para evaluar su demografía, cita las siguientes que le siguen en importancia:

Sevilla	187 Ha.	83.000 hab.	444 h/Ha.
Toledo	106 Ha.	37.000 hab.	350 h/Ha.
Almería	79 Ha.	27.000 hab.	342 h/Ha.
Granada	75 Ha.	26.000 hab.	347 h/Ha.
Badajoz	75 Ha.	26.000 hab.	347 h/Ha.
Mallorca	90 Ha.	25.000 hab.	277 h/Ha.
Málaga	37 Ha.	22.000 hab.	595 h/Ha.
Ecija	56 Ha.	18.000 hab.	322 h/Ha.
Zaragoza	47 Ha.	17.000 hab.	362 h/Ha.
Jerez de la Frontera	46 Ha.	16.000 hab.	347 h/Ha.
Valencia	44 Ha.	15.500 hab.	342 h/Ha.

Por esta relación, se advierte que a fines del siglo XI y comienzos del XII, había en al-Andalus, por lo menos nueve ciudades: Córdoba, Sevilla, Toledo, Almería, Granada, Mallorca, Zaragoza, Málaga y Valencia, con un recinto superior a 40 Ha. y población superior a 15.000 habitantes. La densidad media, con excepción de Málaga con 595 h/Ha. y Sevilla con 444 también por hectárea, oscila entre los 250 y 360 h/Ha., que concuerda con las antes obtenidas.

A falta de datos más concretos sobre la Mérida musulmana, tenemos algunos dispersos en sus cronistas y viajeros, entre ellos las transmitidas por Al-Himyari³, autor del siglo IX, que habla de que en ella residieron los soberanos de la antigüedad, llenándola de admirables monumentos; fue rodeada de una muralla de 12 palmos de anchura y de 18 codos de alta, y en su ciudadela estaba el magnífico palacio, entonces en ruina; describe sus acueductos, inservibles, pero con sus estructuras enteras; al Sur de la muralla, había otro palacio menor defendido por una torre; habla de sus ricos mármoles, que ya eran expoliados, y de que uno de ellos que se encontraba empotrado en la muralla, era «un acta que concedía derechos de saqueo a las gentes de Jerusalem, a quienes construyesen quince codos de dicha muralla», y a continuación refiere que los musulmanes, al tiempo de la conquista de la ciudad, encontraron en sus iglesias, la parte del botín que en dicho saqueo (sería el del año 70 del emperador Tito), correspondió

³ Al-Himyari, *Kitab ar-Rawd al-mi'tar*, ed. M.^a Pilar Maestro González, p. 350 y ss.

a Mérida. Según él, la alcazaba fue construida por Abad al-Malik ben Talaba, teniendo cada lado 300 codos de longitud y doce de espesor. El puente, le maravilla por su construcción y longitud, que estima en una milla; en su centro hay una torre, bajo cuya arcada pasa la gente.

La decadencia edilicia de Mérida se acentuó con la formación de la taifa de Badajoz, que quedó como capital de la kura o distrito, ostentada antes por Mérida durante el califato, y se acreció aún más, a partir de la reconquista cristiana, culminando su postración a partir del siglo XVI, llegando a reducirse al pobre estado en que la vio don Antonio Ponz, cuando la visitó en 1776, con motivo de su *Viage*⁴, encontrando que apenas pasaba de 800 vecinos, unos 4.000 habitantes. El ilustrado viajero, asombrado de su grandeza pasada, entonces más notoria que hoy, escribe: «Es para mí tan probable que si dicha ciudad tuviera como usted dice, la fortuna de Herculano, Pompeya y Estabia, y de otras ciudades arruinadas en las cercanías de Nápoles, que se hiciesen en ella excavaciones, como en aquellas se han hecho, mediante la grandeza de ánimo de Su Majestad, que las mandó efectuar y publicar en el Museo Erculanense, con tanto aplauso del mundo y reconocimiento de los doctos; soy de opinión, digo, que no se encontraría menos en Mérida de lo que en aquellas ciudades se ha encontrado; y si este concepto lo ha formado usted por lo que le he escrito, mucho más cabal lo formaría si viese las muestras que hoy día permanecen en Mérida de su grandeza antigua».

A continuación vamos a dar algunas cifras de la evolución demográfica de la ciudad, donde a pesar de las grandes e incolmables lagunas, se puede seguir con la precisión posible su desarrollo urbano:

	<i>Habitantes</i>
Año 25 antes de J. C.	6.000
Epoca Trajano-Adriano	30.000
Hasta el califato	30.000
En los finales del siglo XVI (Gaspar-Barreiro) ...	5.000
En 1628 (Moreno de Vargas)	5.000
En 1776 («Viage de Ponz»)	4.000
En 1844 (Pedro M. ^a Plano)	6.000
En 1864 (id. Se inaugura el ferrocarril)	12.000
En 1935	19.354
En 1971	40.247

Para concluir este estudio, conviene señalar que, a nuestro entender la importancia de la ciudad de Mérida, no fue debida principal-

⁴ Antonio Ponz, *Viaje de España*, tomo VIII, carta IV, y prólogo de la carta V.

mente a su extensión y número de habitantes, cifras ambas que consideramos dentro de límites normales para una capital de su rango, sino más bien a su bello y ordenado trazado; su emplazamiento; su brillante papel dentro de la romanización de España, y sobre todo, por su riqueza edilicia, calidad de sus construcciones y materiales, y por la alcurnia de su aristocracia, cualidades que como se ha visto, fueron motivo de aprecio y asombro para los visitantes de épocas pasadas, incluso para los representantes de otra civilizaciones tan alejadas de la romana, como son los cronistas y geógrafos musulmanes.

Madrid, 1973

